

Andrés Mourenza · Ilya U. Topper

LA DEMOCRACIA ES UN TRANVÍA

El ascenso de Erdoğan
y la transformación de Turquía



La democracia es un tranvía

Andrés Mourenza

Ilya U. Topper

El ascenso de Erdoğan
y la transformación de Turquía

ediciones península

© Andrés Mourenza Urbina, 2019

© Ilya U. Topper, 2019

Queda rigurosamente prohibida sin autorización por escrito del editor cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra, que será sometida a las sanciones establecidas por la ley. Pueden dirigirse a Cedro (Centro Español de Derechos Reprográficos, www.cedro.org) si necesitan fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra (www.conlicencia.com; 91 702 19 70 / 93 272 04 47).

Todos los derechos reservados.

El papel utilizado para la impresión de este libro está calificado como papel ecológico y procede de bosques gestionados de manera sostenible.

Primera edición: mayo de 2019

Mapa al cuidado de GradualMap

© de esta edición: Edicions 62, S.A., 2019

Edicions Península,

Diagonal 662-664

08034 Barcelona

edicionespeninsula@planeta.es

www.edicionespeninsula.com

PAPYRO - fotocomposición

DEPÓSITO LEGAL: B. 6.995-2019

ISBN: 978-84-9942-816-1

ÍNDICE

Cronología	13
Prólogo: La democracia es un tranvía	17
1. Uno de los nuestros	23
2. El regreso de Dios	51
3. La creación de un hombre nuevo	71
4. Tayyip, alcalde	91
5. El golpe posmoderno	117
6. El triunfo del euroislamismo	143
7. El miedo a las masas	169
8. La comunidad del venerado maestro	191
9. El héroe de la calle árabe	221
10. La revuelta de Gezi	243
11. La construcción del silencio	263
12. La cofradía contraataca	287
13. En la corte de Erdoğan	307
14. El traidor	331
15. <i>Imperator</i>	353
Epílogo	375
Agradecimientos	393
Glosario de siglas y conceptos	395

UNO DE LOS NUESTROS

Una noche a mediados de los años ochenta, Ümmühan Engin escuchó un sollozo quedo procedente del exterior de su vivienda. Salió al balcón y asomó la cabeza buscando el origen del llanto. Casi en estado de trance, con las lágrimas rodando por sus mejillas, vio a su joven vecino elevar una plegaria al Altísimo:

—Dios mío, Dios mío, si me haces líder de este país, seré la voz de los oprimidos.

El joven era Recep Tayyip Erdoğan, hoy presidente e indiscutible líder de Turquía. ¿Aquello ocurrió realmente o es una anécdota inventada? Ümmühan Engin la refiere con total convicción, punteando sus recuerdos con caladas constantes a sus cigarrillos Winner.¹ Ümmühan es una mujer creyente, pero no una santurrona que se haya apuntado al erdoğanismo por sus ideales religiosos, sino porque de verdad confía en el líder turco. Lo conoce desde niño. La historia que narra bien podría ser cierta, del mismo modo que podría no serlo y, con

1. Las declaraciones de ciudadanos privados cuyo origen no se cita explícitamente han sido hechas a los autores durante la documentación para este libro o durante el ejercicio de su labor periodística. Tampoco se cita la fuente cuando se trata de declaraciones públicas de políticos y autoridades en discursos en abierto o ruedas de prensa.

todo, seguir mostrando la devoción que profesan a Erdoğan sus seguidores incondicionales, quienes no solo lo consideran un representante de los débiles, sino también alguien tocado por la gracia de Dios.

Aquel balcón en el que Ümmühan vio llorar a quien hoy dirige Turquía está situado en el tercer piso de un edificio pintado de color marrón en la cima de una empinada cuesta del barrio de Kasimpaşa, en Estambul. De los balcones cuelgan sábanas deslavadas, blusas baratas y pijamas gastados. Es uno de esos vecindarios de aluvión tan típicos de las grandes ciudades, de pendientes que desafían la gravedad. Un barrio que desciende desordenadamente sobre una avenida de seis carriles y cuyas únicas vistas son el mar de cemento en el que se ha convertido Estambul. Nacer y vivir aquí —en vez de en mansiones a orillas del estrecho del Bósforo, como han hecho casi todos los que han regido la metrópolis turca durante siglos— confiere perspectiva.

La perspectiva de ver a chatarreros empujar sus carros cargados de trastos viejos, a niños que corretean por las calles con ropas ajadas, a obreros esperando al amanecer los autobuses que los llevarán a las fábricas a echar toda la jornada, a amas de casa que acarrear las bolsas de la compra pendiente arriba o que caminan hacia la fuente, pues entonces el Ayuntamiento no era aún capaz de proveer de agua corriente a estos barrios («¡Anda que no recuerdo los trompazos que nos pegábamos él y yo cuando subíamos con los cubos a la fuente por las cuestas heladas en invierno!», recuerda la vecina de Erdoğan). Conocer los sueños de estas personas, sus lágrimas, sus esperanzas y frustraciones, si algo confiere, desde luego, es perspectiva. Como señala otra mujer que lo conoció, Semiha, la hija del propietario del colmado situado frente a la casa en la que vivió Erdoğan: «Ha sido siempre un chico del barrio. Ha sido siempre uno de los nuestros».

Recep Tayyip Erdoğan nació unas calles más abajo del mentado edificio (al que se trasladó en su juventud), en este barrio

de casas de colores cenicientos y tristes como la nieve sucia, y que en invierno huelen al humo de carbón barato que emana de las estufas y se mezcla con la niebla produciendo nubes sofocantes. Era el primer hijo del segundo matrimonio de Ahmet, un emigrante de la provincia de Rize.

AHMET, EL CAPITÁN

Situada a orillas del mar Negro, Rize es una provincia conservadora que se asemeja a la Galicia profunda, con sus gaitas y sus hórreos, pobre y conservadora, de habitantes apegados a leyendas y supersticiones. En el resto de Turquía corren chistes sobre la obcecación e ingenuidad de quienes proceden de la región del mar Negro: son gente orgullosa y testaruda, de sangre que hierve con facilidad, y así debía serlo también Ahmet, un joven de nariz prominente, labios gruesos y grandes orejas, cuando abandonó Pulihoz, su aldea natal, en la década de 1920.

Eran tiempos convulsos. Prácticamente en guerra continua desde 1911, el Imperio otomano se deshacía en los despachos de las grandes potencias, que pretendían repartirse sus despojos como castigo por haberse alineado en el bando perdedor durante la Primera Guerra Mundial. El imperio que, bajo el estandarte de la media luna, se había extendido desde las puertas de Viena hasta el golfo de Adén y desde los desiertos de Argelia hasta las montañas del Cáucaso quedaba ahora circunscrito a una exigua porción de territorio en el interior de la península de Anatolia. Merced al Tratado de Sèvres: Grecia se anexionaba la Tracia Oriental casi hasta los confines de Estambul y pretendía tomar Esmirna; la recién nacida República de Armenia buscaba quedarse con las provincias nororientales; los italianos querían establecer una colonia en las playas de Antalya y expandir su zona de influencia hasta la sagrada Konya; Francia, que se arrogaba el protectorado

sobre Siria y Líbano, extendía su zona de influencia desde las costas de Cilicia —con una importante presencia de población armenia— hasta más allá de Sivas, y, finalmente, los ingleses ejercerían su mandato sobre los diferentes Estados establecidos del Yemen a Jerusalén y, dentro de Anatolia, gozarían de un área de influencia sobre las provincias surorientales, de población kurda.

Pero un grupo de oficiales, comandados por el héroe de guerra y avezado general Mustafa Kemal —quien posteriormente adoptaría el apellido Atatürk—, no estaban dispuestos a permitirlo. Abandonaron al sultán en la antigua Constantinopla y se embarcaron en una misión para sublevar a Anatolia y liberar cuanto pudiesen de los restos del moribundo imperio. El 19 de mayo de 1919, Mustafa Kemal desembarcó en la localidad de Samsun, también en el mar Negro, iniciando la guerra de Liberación o de Independencia (*Kurtuluş Savaşı*). Si bien en la mente del joven general ya comenzaba a perfilarse un plan para construir una nueva y moderna república lo más étnicamente homogénea posible —es decir, turca— y que rompiera con el sultanato que había regido los destinos de aquella tierra durante cinco siglos, Mustafa Kemal se cuidó mucho de no dar a conocer sus intenciones, de manera que mulás e imames, turcos, kurdos y demás población musulmana se uniesen contra la ocupación de las potencias cristianas. En 1923, una vez expulsados los franceses, italianos, ingleses y griegos de Anatolia, la victoriosa contienda llegó a su fin y, mediante la firma del Tratado de Lausana, quedaron configuradas las nuevas fronteras de la moderna Turquía. El sultanato fue abolido y se proclamó la república.

Ahmet, hijo de un aldeano llamado Teyyüp, había nacido en torno a 1905. Por razón de edad, escapó de ser reclutado durante la Primera Guerra Mundial, y, quizás porque debía hacerse cargo de la familia —el padre murió cuando Ahmet contaba con solo tres años—, tampoco se unió a la campaña contra

la ocupación. Al término de la guerra contrajo matrimonio. Poco sabemos de los motivos que empujaron al entonces imberbe joven a desposar a Havuli, una viuda de su pueblo doce años mayor que él, cuyo anterior marido jamás regresó del frente y con la que tuvo dos hijos.

Hoy, carteles y pancartas con la efigie de Recep Tayyip Erdoğan cuelgan de las fachadas de las instituciones públicas y los balcones de viviendas de Dumankaya, como se denomina actualmente la antigua Pulihoz; la universidad provincial de Rize lleva el nombre del presidente, colegios y centros de salud, los de sus progenitores... Sin embargo, en aquellos primeros años de la república, la familia Erdoğan no era nadie. Pobre, tal vez no de solemnidad ni más que sus vecinos, pero sí humilde en extremo. «Las condiciones de vida de aquella época eran muy malas: no había trabajo, así que había mucha emigración», relata el propio Recep Tayyip Erdoğan.² El té que en la actualidad cubre los bancales de las montañas de Rize y provee sustento a sus habitantes no arribaría hasta la década de 1940, cuando el Gobierno turco decidió plantarlo y sustituir con esta infusión el consumo de café, cuyo suministro había quedado cortado al perder Turquía sus posesiones en la antigua provincia otomana del Yemen. «Entonces solo había maíz y coles en esta tierra, no se podía plantar mucho más», recuerda el anciano imam Mehmet Ali Azaklı. Como hicieron muchos otros jóvenes en aquella época, Ahmet, el hijo de Teyyüp, decidió tomar sus bártulos y probar suerte en Estambul.

Quizás hubo otro motivo más para poner tierra de por medio. En 1924, Mustafa Kemal, ya establecido como presidente

2. Resumen autobiográfico de su vida, publicado en su antigua página web, a la que ya no hay acceso. Se encuentra citado en varias obras y desperdigado en diversas webs, como esta: <<http://kirklareli39.blogcu.com/recep-tayyip-erdogan-hayati/2931129>>.

de la nueva república en su flamante capital, Ankara, decidió que había llegado el momento de emprender las reformas modernizadoras que tanto necesitaba el nuevo Estado: abolió el califato, igual que había depuesto al sultán un par de años antes, y la *sharía*, la ley islámica, dejó de ser una fuente de derecho. Ese mismo año, durante una visita a Rize, anunció el cierre de las madrasas o escuelas coránicas, con la intención de arrebatarse la educación de manos de los mulás y ponerla bajo la tutela del Estado. Aquello era más de lo que podía soportar la conservadora población de Anatolia. Justo después de liberar a su patria de la ocupación de los infieles, ¿iban a adoptar el mismo sistema por el que esos se regían? En febrero de 1925 se levantaron los kurdos en el este del país, comandados por el jeque Said Pirani. Fueron masacrados por el nuevo ejército de Mustafa Kemal. A finales de noviembre, el imam de Potamya (hoy, Güneysu, el término municipal al que está adscrita la aldea de Pulihoz), convocó a la población en la mezquita del pueblo. La gota que había colmado la paciencia de los más conservadores era la recién aprobada ley del sombrero, que prohibía a los hombres cubrirse la cabeza con otra cosa que no fuesen gorras o sombreros de corte occidental. Quedaban fuera de la ley, por tanto, el fez y el turbante que durante siglos se habían utilizado en Anatolia.

Al grito de «¡No llevaremos sombrero ni iremos al Ejército!», los habitantes de Potamya amenazaron con tomar la guarnición militar y marchar sobre Rize, donde el imam de la Gran Mezquita, Hafız Saban, se dirigió a los fieles al término del rezo:

El Gobierno ha mostrado su cara contraria a la religión y obliga a todos los habitantes de esta patria a llevar sombrero. El que no se oponga a la medida está cometiendo un pecado contra nuestra religión. Ha llegado el momento de la rebelión. A nadie obligamos a convertirse a nuestra religión; solo pre-

tendemos que el Gobierno la respete y no persiga a los musulmanes ni al islam.³

En Ankara, el telégrafo hervía con noticias sobre el levantamiento de Rize, y Mustafa Kemal envió a la zona el acorazado *Hamidiye*. Los soldados no dudaron en disparar contra las masas enfurecidas, y en pocos días la revuelta fue aplacada por la vía expeditiva. En menos de un mes, ciento cuarenta y tres personas fueron juzgadas y condenadas a diversas penas. Ocho de ellas —casi todas, imames— fueron ejecutadas. La imagen de los cuerpos de estos piadosos hombres colgando de la horca es, según algunos, lo que en realidad movió a Ahmet a escapar de su pueblo y buscar refugio en la antigua capital imperial.

Hoy, los ancianos de Potamya y Pulihoz (Dumankaya) prefieren no hablar del tema: «Son cosas del pasado».

EN ESTAMBUL LAS CALLES ESTÁN EMPEDRADAS DE ORO

Una leyenda que circulaba en el pasado entre los habitantes de las zonas más pobres de Anatolia decía que las calles de Estambul estaban empedradas de oro. Pero los varios millones de personas que, como Ahmet, emigraron a la ciudad del Bósforo durante todo el siglo XX se estrellaron contra una urbe hostil que rápidamente diluyó sus sueños de prosperidad. El padre de Erdoğan, con todo, tuvo la suerte de ser uno de los primeros en llegar y de hacerlo en una época en la que, debido a guerras y persecuciones, Estambul había perdido un tercio del millón de habitantes con el que contaba en el año 1900 (fundamentalmente, sus minorías cristianas). Aun des-

3. Nevzat Çiçek, «Şapka yüzünden Rize’de idamlar bugün yapıldı!», *Timetürk*, 12 de diciembre de 2012. Disponible en: <<http://www.timeturk.com/tr/2012/12/12/sapka-yuzunden-rize-bugun-bombaladi.html>>.

pojada de su capitalidad, la antigua Constantinopla continuaba siendo, mucho más que la provinciana Ankara, la metrópolis de Turquía. Y se hallaba inmersa en una espiral de cambios sin precedentes.

La pintoresca mezcla de representantes de las tribus de Siria y el Yemen, funcionarios otomanos en levita de corte francés, albaneses en falda con sus largos cuchillos atados al cinto y pendencieras cuadrillas de bomberos en calzones de cuero que hacía las delicias de los escritores orientalistas europeos se había esfumado. El fez y el turbante que punteaban las cabezas de sus habitantes fueron trocados por panamás y boinas de proletario. Los negros *çarşaf* con los que se cubrían de la cabeza a los pies las damas otomanas fueron sustituidos por los *clochés* que triunfaban en los salones de *jazz* de todo el mundo o por simples pañuelos. Los letreros de toda la vida, en la grafía árabe que utilizaba la lengua otomana, daban paso a anuncios en los desacostumbrados caracteres latinos, y lo mismo ocurría con archivos, cartas y formularios en las oficinas: una auténtica revolución. Nuevos edificios, bulevares y plazas surgían entre los escombros de ruinas otomanas, y el rugido de los nuevos vehículos importados se sumaba a la tradicional algarabía de Estambul.

No es difícil imaginar el asombro con el que vería Ahmet su nuevo hogar, deslumbrado por los avances tecnológicos y las diferencias respecto al pueblo, donde la vida no había cambiado ni habría de cambiar en generaciones. Con ayuda de parientes lejanos y conocidos de su provincia que habían hecho piña para sobrevivir en la metrópolis, se instaló en un modesto apartamento del barrio de Kasımpaşa, a orilla del Cuerno de Oro, entonces aún centro del transporte marítimo del país: allí llegaban los buques para ser inspeccionados en las aduanas, se descargaban los fletes y los calafateadores reparaban las barcas. Ahmet logró empleo como capitán de barco en la Şirket-i Hayriye, la empresa de transbordadores

que operaba en la ría de Estambul, el estrecho del Bósforo y el mar de Mármara.

En 1934, a raíz de la reforma que instituyó la obligatoriedad del apellido, Ahmet adoptó el que al cabo de ochenta años se convertiría en la palabra más repetida de Turquía: Erdoğan, que se puede traducir como ‘el que nace hombre’ o ‘valiente’ (la masculinidad y sus símbolos siempre han estado presentes, como obsesiones, en la historia de la familia). Pero, pronto, todos sus vecinos lo conocerían como Reis Kaptan, el Capitán Jefe, debido a su oficio. Un oficio que le permitió conocer la vida de los marineros, las noches del cercano barrio de Pera, la diversión, el ocio, la modernidad. Pese a sus ideas conservadoras, la gran ciudad no tardó en seducirlo.

Igual que otros emigrantes, Ahmet regresaba a su aldea natal durante las fiestas de guardar, y en cada una de sus visitas trataba de convencer a su mujer, Havuli, de que marchase con él a Estambul, porque un hombre no debe permanecer solo ante tantas tentaciones. Pero la respuesta de Havuli era siempre la misma: «No». Vahdettin Delibalta, pariente lejano de la familia, explica: «No se llevaban bien. Y ella no estaba por la labor de emigrar a Estambul». En uno de aquellos viajes, entre las verdes montañas de Rize, Ahmet Erdoğan conoció a Tenzile Mutlu, una mujer de Potamya (Güneysu) que contaba ya con veintinueve años y que aún no se había casado. Aunque sí estaba dispuesta a emigrar a Estambul. Ahmet Erdoğan no lo dudó un instante y decidió tomarla como esposa. Se casaron en un rito religioso sin validez legal, pero que algunos hombres han utilizado y utilizan todavía para tomar a más de una esposa, siguiendo la tradición coránica. Ahmet no registraría el nuevo enlace en los archivos de la Administración turca hasta años más tarde, una vez hubo muerto su primera esposa.

EL HIJO DEL CAPITÁN

El 26 de febrero de 1954, menos de un año después de que Ahmet y Tenzile se uniesen en un matrimonio religioso, nacía su primer hijo: Recep Tayyip Erdoğan. Tayyip, como el padre de Ahmet (Teyyüp era la versión en el dialecto de Rize), una palabra árabe-otomana que significa ‘bueno’; Recep, como el séptimo mes islámico (*rayab*, en árabe), uno de los cuatro sagrados del calendario musulmán. De su padre heredaría el carácter irritable y la terquedad de espíritu; de su madre, el característico bozo que cuelga ampliamente bajo su nariz, sobre un prominente labio inferior.

Ahmet Erdoğan era un hombre sensible y a la vez colérico, acostumbrado a obedecer solo las leyes de Dios y del mar. En las noches de hogar relataba a sus hijos con los ojos húmedos por la emoción las penurias que había atravesado en su infancia para dar un futuro decente a la familia. Pero era igualmente capaz de castigarlos sin piedad ante la menor travesura. En una ocasión dejó a Tayyip colgado del techo durante veinte minutos después de oírlo insultar a una vecina. Tras aquel episodio, el futuro presidente turco no volvería a decir un taco en toda su infancia.

«Cada barco es un Estado. Y el capitán es el jefe de ese Estado. El barco tiene sus reglas particulares, su propia disciplina. No hay cabida para quienes no las respetan. En tierra puede hacer lo que le parezca, pero, cuando se hace a la mar, el marino debe transformarse en otra persona. Y aquel que no respeta esas reglas, sufre el castigo.» Así define el periodista Fehmi Çalmuk la filosofía de Ahmet Erdoğan.⁴ El hogar era para él como su barco, regido con la mano firme del capitán, del padre de familia que hace respetar la disciplina y que infunde los valores a su descendencia. Por las buenas o por las malas.

4. Ruşen Çakır y Fehmi Çalmuk, *Recep Tayyip Erdoğan, Bir Dönüşüm Öyküsü*, Metis, Estambul, 2001, p. 16.

Durante sus habituales accesos de furia, ninguno de sus hijos se atrevía a acercársele, pero Tayyip, de temperamento parecido al de su padre, descubrió cómo mitigar esos enfados: se inclinaba ante él y le besaba los pies.⁵ Aparentemente, este gesto de sumisión lograba aplacar el alma tormentosa del patriarca.

Tayyip se convirtió rápidamente en el hijo predilecto. Sin embargo, en el fondo de su alma sabía que no era el verdadero primogénito de entre los descendientes del capitán Ahmet, por lo que constantemente se veía en la necesidad de suscitar la aprobación de su padre, haciendo lo que se le exigía mejor que ningún otro. Sabía que, para obtener el reconocimiento final, debía hacer algo grande, de lo que su familia se sintiera orgullosa. Pero, al mismo tiempo, en su interior ardía un sentimiento de rebeldía, de apartarse del camino marcado, de tomar las sendas prohibidas.

En su biografía del presidente turco, el psiquiatra Cemal Dindar sostiene que la figura paternal y autoritaria de Ahmet Erdoğan ejerció una influencia determinante sobre Recep Tayyip Erdoğan.⁶ No solo porque el presidente se vea, siguiendo el ejemplo de su progenitor, como un hombre hecho a sí mismo que salva todos los obstáculos que le interponen, sino porque, en una tendencia que muestra signos de algún complejo edípico, busca plantar cara a esa figura paterna para reemplazarla. No porque odiase a su padre personalmente —todo lo contrario—, sino por esa pulsión contradictoria entre la atracción y la repulsa hacia el símbolo de quien personifica la autoridad. Lo mismo ocurriría con otros personajes que influyeron en el político turco a lo largo de su carrera, como el líder del movimiento islamista, Necmettin Erbakan, que durante varias décadas fue su mentor y maestro y a quien Erdoğan definía con gran respeto y cariño como su «padre ideológico», aun-

5. Çakır y Çalmuk, *op. cit.*, p. 17.

6. Cemal Dindar, *Bi'at ve Öfke*, Telos, Estambul, 2007.

que eso no fuera óbice para que, llegada la oportunidad, lo destronase. Podríamos estirar la reflexión de Dindar hasta la época actual, con Erdoğan al frente de la jefatura de Estado, desde la cual pretende *matar* y sustituir como Gran Líder al fundador de la república, al «padre de los turcos», pues ese es el significado del apellido de Mustafa Kemal Atatürk.

HAN MATADO A UN BUEN HOMBRE

La década que vio nacer a Erdoğan fue testigo de la llegada de la democracia a Turquía y del inicio del desarrollismo que transformaría la faz de Estambul. Tayyip apenas conocería los últimos retazos de la ciudad cosmopolita que había vivido su padre. El puerto de Karaköy, en el que recalaba el barco que manejaba el capitán Ahmet, vería el triste desfilarse de buena parte de la población judía de la ciudad, que en 1948 partió hacia Israel con la promesa de una nueva vida, pues muchos aún estaban afectados por la memoria de su internamiento en campos de trabajo turcos durante la Segunda Guerra Mundial.⁷ En la década de los cincuenta, el propio barrio de Karaköy fue sometido a una extensa remodelación urbana en la que se echaron abajo las carnicerías que vendían cerdo a la población cristiana. Solo un año después del nacimiento de Recep Tayyip, un pogromo contra los griegos espantaría a esa comunidad, que abandonó casi íntegramente su amada Constantinopla. El hecho de que Erdoğan no llegase a conocer de primera mano la diversidad religiosa del Estambul previo a su nacimiento

7. Turquía se mantuvo neutral durante la Segunda Guerra Mundial, si bien declaró la guerra a Alemania al final de la contienda, cuando la victoria aliada era ya un hecho. Pero, en 1942, cuando la situación se decantaba por el Eje, instituyó un impuesto de inspiración fascista que gravaba cuantiosamente la riqueza de las minorías cristiana y judía. Aquellos que no podían hacer frente al pago fueron internados en campos de trabajo en el este de Anatolia.

probablemente contribuyó a ver su país, a idearlo, en una clave monolíticamente islámica.

El cemento y las ansias de prosperar rápidamente, a la americana, tomaron Turquía tras los años de privaciones que caracterizaron la etapa del partido único. En las elecciones de 1950 —las primeras verdaderamente libres de la historia de Turquía— venció el Partido Demócrata (DP), una formación creada por liberales y conservadores molestos por el excesivo estatismo y jacobinismo del Partido Republicano del Pueblo (Cumhuriyet Halk Partisi, CHP), que había gobernado sin oposición desde 1923. La noche en la que se anunció la victoria demócrata, los habitantes de Kasımpaşa se congregaron en la plaza central del barrio al son de tambores y dulzainas para festejar el fin de las casi tres décadas del autoritario Gobierno de la formación fundada por Mustafa Kemal Atatürk. El periodo se había caracterizado por una modernización vertiginosa, pero en gran medida impuesta por la fuerza a una población que seguía apegada a sus antiguas tradiciones.

Dos meses después del nacimiento de Recep Tayyip Erdoğan, el DP renovaba su mandato de forma arrolladora —recibió el 58 % de los votos—, y lograría un tercero en 1957. Al frente de esta formación, que congregaba a toda la derecha turca, se hallaba un joven y ambicioso terrateniente de la provincia de Aydın, en la costa del mar Egeo, Adnan Menderes, empeñado en dirigir el país con la misma determinación con la que administraba sus fincas. Durante la primera mitad de la década, todo fue viento en popa; los créditos de Estados Unidos fluían hacia Turquía con el objetivo de hacer del país un bastión contra el comunismo soviético. Y Menderes supo corresponder: rompió con la política de neutralidad de sus predecesores y envió un contingente de cuatro mil soldados a combatir del lado de los norteamericanos en la guerra de Corea (1950-1953). En 1952, Turquía fue admitida como miembro en la recién creada OTAN (Organización

del Tratado del Atlántico Norte) bajo el apadrinamiento de Washington.

Menderes, además de buscar el apoyo de los terratenientes y la incipiente burguesía, quiso contentar al electorado más tradicional: relajó las prohibiciones que afectaban a la práctica religiosa y promovió la construcción de mezquitas y la apertura de escuelas de formación religiosa. Pero, al mismo tiempo, el incansable primer ministro turco se labró importantes enemigos por su personalismo. La revista estadounidense *Time* afirmaba al respecto: «Hasta donde es humanamente posible, Menderes rechaza firmemente delegar cualquier tipo de autoridad. A veces parece que intenta dirigir el país él solo».⁸ Su manía de controlar todos los resortes políticos lo hicieron cada vez más autoritario. No soportaba las críticas de la prensa. Persiguió a los periodistas con procesos judiciales y multas, forzó la destitución de jueces contrarios a su Gobierno, prohibió todos los mítines políticos fuera de los periodos de campaña electoral y vetó la formación de coaliciones entre los partidos de oposición.

Y su afán por desarrollar el país a toda costa terminó por llevar al Estado a un excesivo endeudamiento. *Time* lo describía en febrero de 1958 como «el constructor impaciente», y daba una perspectiva negra de la economía turca:

El primer ministro Menderes ha construido tantos embalses y fábricas, gastado tantas liras, marcos, dólares, libras esterlinas y francos que Turquía tiene hoy una de las divisas más hinchadas del mundo y la calificación de su deuda es tan pobre que incluso el Banco Central turco rechaza las órdenes del Gobierno de vender divisas. Ni la proximidad de la bancarrota ni los llamamientos de sus amigos logran persuadir a Menderes de que ha llegado el momento de poner fin a su precipitada pasión por construir y gastar. A cada sugerencia de contención, Menderes responde comisionando un nuevo proyecto.

8. «The Impatient Builder», *Time*, 3 de febrero de 1958.

La inflación se desbocó, ciertos productos básicos comenzaron a escasear y Turquía hubo de aceptar un doloroso programa de austeridad dirigido por el Fondo Monetario Internacional (FMI), el primero de muchos. Las condiciones económicas de la población urbana empeoraron y llevaron a protestas políticas: la oposición kemalista (seguidores de Mustafa Kemal Atatürk), los universitarios y los cadetes militares se echaron a la calle al grito de «¡Abajo los dictadores!» o «¡Estudiantes y soldados, juntos de la mano!». El 27 de mayo de 1960, el Ejército turco depuso al Gobierno.

Los golpistas, en su mayoría miembros de la baja oficialidad, prometieron que «una vez terminada la tarea» de restaurar la ley y la justicia, devolverían el poder a los políticos y regresarían a sus cuarteles. Y así fue: se redactó una nueva Constitución, la más progresista de la que ha disfrutado Turquía en su historia, que fue ratificada en referéndum, y al año siguiente se celebraron elecciones. Eso sí, la asonada inauguró la tradición castrense de inmiscuirse en los asuntos públicos cada vez que los militares turcos creían que los políticos no estaban a la altura de las circunstancias: las intervenciones, fallidas o exitosas, se repetirían en 1962, 1963, 1971, 1980, 1997, 2007 y 2016.

El primer ministro, Adnan Menderes, fue recluido por los golpistas en la isla de Yassada, en el mar de Mármara, donde fue juzgado junto con su gabinete y el presidente de la república, Celal Bayar. El proceso sirvió para imputar a los acusados numerosas violaciones de la Constitución y casos de corrupción. Entre los delitos más graves: haber instigado los pogromos de Estambul contra la población griega en 1955, que habían causado decenas de muertos. Finalmente, el tribunal condenó a muerte a Menderes, a su ministro de Exteriores, Fatin Rüştü Zorlu, a su ministro de Finanzas, Hasan Polatkan, y al presidente Bayar, aunque a este último se le conmutó la pena capital por la reclusión de por vida en su vivienda.

Ni las denuncias de los observadores internacionales, que consideraron el juicio una farsa, ni las peticiones de clemencia del presidente de Estados Unidos, la reina de Inglaterra y el papa lograron ablandar a los coroneles turcos. En el referéndum había habido un número significativo de votos —cerca del 40 %— contrarios a la nueva Constitución, lo que hacía temer a los militares que, si dejaban vivo al líder del Partido Demócrata, este no tardaría en regresar al poder. El 17 de septiembre de 1961, Menderes, Zorlu y Polatkan fueron ahorcados en la isla-prisión de İmralı.

Años más tarde, Recep Tayyip Erdoğan evocaría aquel día triste de septiembre en el que vio llorar a su padre. El cuerpo del primer ministro pendido de la soga se sumaba en la memoria del capitán Ahmet a los recuerdos de treinta y cinco años atrás. Una vez más, el Estado se cebaba en aquellos que defendían lo más sagrado. Como los que en Potamy habían osado interponerse en el camino de la nueva república. «Han matado a un buen hombre», sollozó. A sus siete años, el pequeño Tayyip no alcanzaba a comprender la complejidad de lo sucedido, pero sí era capaz de sentir el dolor de su padre, el dolor de su barrio, el dolor de los suyos. Aquellas lágrimas y aquellas imágenes en blanco y negro del primer ministro colgando de la horca lo acompañarían toda su vida. Como un fantasma. Como una advertencia.

LA REGLA DE KASIMPAŞA

La infancia del futuro presidente de Turquía transcurría entre los límites impuestos por los mandamientos del Corán, la disciplina del capitán Erdoğan y las severas reglas que regían la vida en Kasimpaşa. Durante toda su carrera, Erdoğan ha llevado a gala sus orígenes humildes y el título de Kasimpaşalı, oriundo de Kasimpaşa. Incluso su forma de caminar, con el

hombre derecho ligeramente adelantado e inclinado —herencia, cuentan, de las cuadrillas de bomberos de este vecindario a orillas del Cuerno de Oro, que se contaban entre los más valerosos de la ciudad—, es una muestra consciente de sus orígenes. Porque ser de Kasımpaşa no es algo que venga dado con la residencia. Hay que ganárselo.

El barrio nunca tuvo la mejor de las famas. Los carteristas y delincuentes que pululaban por las calles de Pera y Taksim se decía que venían de allí; también los personajes de la noche, prostitutas, camellos y dueños de garitos. Eso sí, hicieran lo que hicieran, debían hacerlo fuera del barrio. Como los marineros del capitán Ahmet: lo que ocurriese en tierra, en tierra quedaba, mientras a bordo se respetase una serie de reglas. Sé valiente. Sé una persona de honor. Respeta a tus vecinos y cumple tu palabra. En definitiva, sé un hombre. Así puede definirse la *Racon* o la Regla, la Constitución no escrita de Kasımpaşa.⁹

El lugar que dejaron los griegos y armenios que poblaban Estambul hasta mediados del siglo xx fue ocupado por los nuevos inmigrantes de la Anatolia rural. En las décadas de 1950 y 1960, millones de turcos arribaron a la metrópolis en busca del futuro que se les negaba en la aldea. Pero las autoridades municipales carecían de planes para acoger a tamaña riada humana que llegaba cargando sus bártulos, sus gallinas y sus tradiciones. Una extendida creencia popular, tan irreal como necesaria, aseguraba que erigir una casa entera, con paredes y techo, en una sola noche daría derecho a la propiedad del solar. De ahí nació la palabra *gecekondu* ('colocado de noche'), con la que en turco se conocen los vecindarios que comenzaron siendo barriadas de chabolas.

Obviamente, se trataba de una práctica ilegal que dejaba a los recién llegados a merced de inspecciones y órdenes de demolición, a menos que pagaran una mordida. Había, pues,

9. Çakır y Çalmuk, *op. cit.*, p. 12.

que organizarse. Así surgieron bandas al mando del hombre fuerte de la zona que se encargaban de proteger las nuevas barriadas, de recolectar pagos y sobornos... y de que, en las elecciones, todos los vecinos votasen al candidato acordado con la autoridad a cambio de legalizar los asentamientos.¹⁰ Algunas de estas bandas terminarían convertidas en organizaciones armadas, adscritas a grupos políticos de extrema derecha o extrema izquierda, aunque en mayor medida derivaron hacia las actividades delictivas, bien el estraperlo de productos básicos, bien el control de timbas ilegales o el tráfico de armas y heroína.

Tal vez porque llegaron los primeros a Estambul o porque eran los más espabilados y con menos escrúpulos, las principales bandas organizadas de la época (también las mayores empresas de construcción) estaban encabezadas por los nativos de la región del mar Negro. Eran hombres rudos y violentos, pero a los que el pueblo les profesaba respeto y admiración, pues representaban el sueño del hombre hecho a sí mismo. Además, repartían parte de las ganancias entre los más necesitados del barrio, ocupándose del bienestar de sus vecinos más que el propio Estado. Eran los Robin Hood locales.

En Kasimpaşa, el principal *kabadayı* (la palabra turca que describe a estos pequeños príncipes de la delincuencia) era Sultan Demircan. Procedía de Rize, al igual que los Erdoğan, y ejercía de presidente de un club de fútbol vecinal, el Kasimpaşaspor. En las gradas del terreno de juego del club, el pequeño Tayyip vendía botellines de agua durante los partidos y soñaba con convertirse en una estrella. Cuando, décadas más tarde, el club ascendió a la máxima categoría del fútbol turco, el estadio fue renovado y bautizado, cómo no, con el nombre de Recep Tayyip Erdoğan.

10. Un buen relato del desarrollo de las bandas y las barriadas de emigrantes en Estambul (literario, eso sí), se puede hallar en la novela de Orhan Pamuk *Una sensación extraña*.

Se cuenta que Sultan Demircan, hombre de gatillo fácil, negociaba los fichajes a punta de pistola, y que incluso llegó a secuestrar a futbolistas. Pero en el barrio lo adoraban. Una vecina relata:

Al salir de la escuela, me sentaba a la puerta de casa esperando la llegada del Buick negro. Cuando el coche se paraba en la puerta, todos los niños del barrio se entusiasmaban. Sultan Demircan bajaba del vehículo con la pistola en la mano, seguido de sus guardaespaldas. Si disparaba una o dos balas al aire, saltábamos de alegría: para nosotros era un juego. Luego repartía dulces y golosinas por las casas. En aquella época, todos los chicos y jóvenes, empezando por Recep Tayyip Erdoğan, soñaban con convertirse en un gánster como Sultan Demircan.¹¹

El teólogo Ali Rıza Demircan, hermano del mafioso y viejo amigo de la familia Erdoğan, asegura: «El carácter impetuoso de Tayyip viene de Kasımpaşa, porque durante su infancia mi hermano Sultan era el modelo a seguir». «Sultan fue uno de los últimos representantes de esa cultura de “padrino del barrio”. Era un hombre fogoso, pero estaba siempre al lado del pobre y del necesitado», añade su sobrino, Ahmet Misbah Demircan, hoy alcalde del distrito de Beyoğlu por la lista del partido de Erdoğan.¹²

Eran delincuentes, sí, pero atendían a una cierta ética callejera; no eran los criminales sin escrúpulos que los sucederían en décadas posteriores. El periodista Adnan Berk Okan los define como los últimos de una estirpe que se remonta a los bandoleros de la época otomana: «Hombres de palabra.

11. Lâle Tschudin, «Hayallerimde hep kabadayı erkekler vardı», 17 de junio de 2013.

12. Savaş Ay, «Tetik çeken amca ile tespîh çeken bir baba büyüttü», *Sabah*, 14 de marzo de 2010, y Kutlu Esendemir, «Babasının ölümünden sonra annesiyle daha çok ilgilendi», *Habertürk*, 10 de octubre de 2011.

Si prometían hacer una cosa, la cumplían, pues su honor estaba en juego. Si afirmaban que dispararían, disparaban. Los faroles no formaban parte de su libro de reglas». ¹³ Y de ahí, de imitar esos roles y jugar según esas normas, procede el alto sentido de la camaradería de Erdoğan. «En sus discursos se dirige a los suyos como hermanos, como parte de un “nosotros”. Uno de los tonos característicos de la retórica de Erdoğan es ese acento en el “nosotros”. [...] Ni cuando llegó a primer ministro renunció a seguir subrayando esa alianza de hermanos, ese sentimiento de pertenencia a un grupo como lo es ser de Kasımpaşa o ser del [equipo de fútbol] Fenerbahçe», subraya el psiquiatra Dindar. ¹⁴ No dejar a ninguno de sus compañeros tirado, batirse por ellos hasta el último esfuerzo, es una de esas reglas aprendidas de niño en el barrio. Pero, a cambio, Erdoğan exige reciprocidad. Cualquier paso fuera de la línea trazada por él equivale a una traición, máxime si lo da un camarada.

De los gánsteres del barrio como Demircan, heredó Erdoğan también su naturaleza inquebrantable. El líder debe conducir a las masas sin dar muestras de debilidad. Y así es Erdoğan, capaz de mantenerse en sus trece contra viento y marea. Incluso contra los consejos de sus asesores y las más elementales normas del sentido común.

EL «MAESTRO» DE LOS VERSOS CORÁNICOS

En las fotos de su infancia y juventud, Tayyip sobresale larguirucho y un tanto desgarbado entre sus compañeros, con ese aspecto algo embobado que a veces tienen los niños demasiado

13. Adnan Berk Okan, «Başbakan Erdoğan'ın rol modelleri kimlerdi?», *Gazeteciler.com*, 11 de junio de 2013. Disponible en: <<http://www.gazeteciler.com/haber/babakan-erdoann-rol-modelleri-kimlerdi/224069>>.

14. Dindar, *op. cit.*, p. 40.

altos para su edad. Nada más lejos de la realidad. Es cierto que no era un estudiante brillante —sus mejores notas las obtenía en Educación Física, Caligrafía y Religión—, pero resaltaba por su dedicación y entrega: siempre que un profesor pedía un voluntario, él se ofrecía; cada vez que la escuela organizaba alguna actividad extraescolar, él era el primero en apuntarse.

En una ocasión, cuando cursaba el último año de primaria, el sonido de la llamada a la oración se filtró en el aula. El profesor que en esos momentos recitaba la lección, Ihsan Aksoy, preguntó: «¿Quién quiere rezar?». Solo Erdoğan levantó la mano. «Ven, pues, Recep Tayyip, y recemos juntos», dijo el profesor, extendiendo la doble página de un periódico sobre el suelo a modo de alfombra. «En el periódico hay muchas fotos: no se puede rezar sobre esas imágenes», respondió el impúber Erdoğan, y, tomando el mantel que cubría la mesa, lo colocó en el suelo, se arrodilló e inició la plegaria tal y como le había enseñado su padre. «Bien hecho», lo felicitó su profesor. A partir de aquel día, sus compañeros de escuela lo apodaron, entre bromas, Hoca o Maestro, el título que reciben los líderes religiosos.¹⁵

Ese curso, Erdoğan recibió en Religión la nota más alta de la clase, aunque en el cómputo global de todas sus asignaturas de primaria no pasó de un modesto bien. Pese a ello, Aksoy, que a la sazón era también el director del colegio, lo mandó llamar a su despacho. Le hizo acercarse a su ventana y señaló a la otra orilla del Cuerno de Oro: «Te enviaremos a esa escuela». Se trataba de un instituto religioso de formación de imames (*imam hatip*), uno de los pocos que existían en aquella época en Turquía, aún empeñada en inculcar el laicismo a la población.

El capitán Ahmet aceptó que su hijo se matriculase en el centro, que funcionaba como un internado gratuito. No había dinero para mucho más. Y para que su vástago se acostum-

15. Çakır y Çalmuk, *op. cit.*, p. 19.

brase al valor de las cosas, lo instó a que se pagase él mismo la mayor parte de sus gastos. Durante la semana, el joven Tayyip memorizaba suras del Corán y enseñanzas de Mahoma y, al llegar los días de asueto, vendía por las calles roscas de pan (*simit*), limonada, agua. Erdoğan recuerda de aquella época:

Durante los fines de semana acudía a los estadios a vender agua. Para ahorrarme el dinero del transporte, entre Kasimpaşa y Eminönü iba caminando; compraba caramelos de menta, limón y eucalipto y los revendía por el camino. Además, por las tardes compraba en los hornos los *simit* que habían sobrado, y al día siguiente le hacía a mi madre calentarlos al vapor. Entonces los *simit* costaban diez piastras. Yo los compraba a dos con cincuenta y los revendía a cinco. En la escuela también vendía tarjetas postales.¹⁶

Con esas monedas compró sus primeros libros de novela y poesía, tinta que lo transportaba fuera de la existencia anodina de las pendientes y el cemento de su barrio. Le agradaban especialmente versos como los de Necip Fazıl Kısakürek —poeta e ideólogo del movimiento islamista turco—, que le insuflaban heroicos ideales sobre la lucha por la defensa de la patria y el Dios verdadero:

Sakarya, retoño puro de la inocente Anatolia,
 ¡solo tú y yo hemos permanecido fieles al camino de Dios!
 Tú y yo, que estamos hechos de una pasta regada con lágrimas,
 dejemos que vean de qué estamos hechos, ¡de sangre y de
 barro!
 El destino nos ha arrojado a las pinzas del escorpión.
 ¡No te equivoques, el mundo siempre ha sido así y así será!
 Mortaja es mi cama, el agua tu ataúd.

16. Erdoğan, autobiografía, *op. cit.*

Sigue girando mientras parto con el último profeta como guía.
 Suyo es el camino, suya la existencia. El resto, tedio.
 Durante demasiado tiempo te has arrastrado ante ellos. ¡En
 pie, Sakarya!

Memorizaba estos versos durante el trayecto que al inicio de cada semana lo llevaba de su casa al *imam hatip*. Atravesaba barrios y calles tristes formados por edificios de cemento barato, entre los que surgían viejas fuentes otomanas y cementerios de lápidas torcidas e inscripciones en grafía árabe, cuya imagen, mezclada con los poemas y las historias narradas por su padre, hacían hervir su imaginación. Los grandes guerreros, los poderosos sultanes... A través de esta vaguada, Mehmet II había hecho atravesar sus barcos desde el Bósforo hasta el Cuerno de Oro, rompiendo la defensa naval de Constantinopla en 1453; en estos descampados yacen los mártires del ejército árabe guiado por los compañeros del profeta Mahoma, que a punto estuvieron de arrebatarse la ciudad a los bizantinos en el siglo VII; en estas dársenas una vez tuvo su puerto la gloriosa flota otomana, que venció a los infieles en Rodas, Préveza y Túnez.

A veces, en el camino que lo llevaba a orillas del Cuerno de Oro, penetraba en los barcos amarrados a tierra, pues conocía a los capitanes que frecuentaba su padre. Allí, en la soledad de la embarcación, frente a los minaretes que despuntaban sobre la península histórica de Estambul, Erdoğan practicaba la buena dicción de sus discursos, la entonación correcta de los versículos del Corán que memorizaban en clase. Aquella era su especialidad. Cuando recitaba los textos sagrados, todos los demás alumnos callaban y escuchaban con atención a aquel adolescente larguirucho.

Quería destacar, eso estaba claro. No había partido de fútbol, baloncesto o voleibol en el que no participase, competición de lectura o composición de poemas a la que faltase. En

1973, de hecho, fue galardonado con el primer premio de un concurso nacional de recitación, organizado por el diario de-rechista *Tercüiman*. Al año siguiente venció en un certamen literario juvenil.

Los años en el liceo fueron claves para su formación. Allí conoció a fondo la religión y comenzó a entrar en contacto con la política, que se convertiría en su gran pasión. En las entrevistas que ofrecería al llegar al poder, diría que las cuatro grandes influencias de su infancia y juventud fueron su padre, su profesor de primaria, el *imam hatip* y la cofradía religiosa que frecuentaría más tarde: «Le debo todo al instituto religioso en el que me eduqué. [Aprendí allí] el patriotismo, el servicio al país, la adoración a Dios, el espíritu de solidaridad y el desear para los demás lo que uno desea para sí mismo».¹⁷

EL IMAM BECKENBAUER

Si bien los vecinos de Kasımpaşa llevan con orgullo el nombre de su barrio, el baremo del éxito es la velocidad con la que uno consigue escapar de él. El fútbol era entonces —y es aún— el billete de salida que requería menos esfuerzo. En cada bocacalle, esquina o callejón de Kasımpaşa, los chiquillos siguen pegando patadas al balón, burlando las leyes de la gravedad, intentando evitar ser el infortunado que envíe la pelota cuesta abajo. Recep Tayyip le pegaba, y le pegaba bien. Anhelaba ser una estrella.

El fútbol ocupaba sus conversaciones, penetraba en sus sueños e incluso le incitaba a traicionar los ideales inculcados por su familia. En aquella época, los lectores más conservadores

17. Metin Heper, «Comparing Turgut Özal and Recep Tayyip Erdoğan», *Insight Turkey*, vol. 15, n.º 2, 2013, pp. 141-156. Disponible en: <http://file.insightturkey.com/Files/Pdf/15_2_2013_heper.pdf>.

escribían a los periódicos criticando las fotografías de esos bigotudos jugadores de largas melenas enseñando los muslos de una forma tan poco decente. «Sé que era pecaminoso vestir pantalones tan cortos», reconocería Erdoğan.¹⁸ Pero el fútbol era una pasión más fuerte que los mandamientos religiosos.

«A su padre no le gustaba el fútbol, así que jugaba a escondidas», cuenta Ümmühan Engin, su antigua vecina. Tayyip había empezado a correr tras la pelota desde temprana edad, y siguió haciéndolo a resguardo del conocimiento de su padre durante casi un lustro —ocultaba las zapatillas de tacos y el equipo en la carbonera para evitar ser descubierto—, del mismo modo que otros, en aquellos tiempos, acudían a reuniones de organizaciones políticas clandestinas. En una entrevista en 1994, Erdoğan admitía: «A veces me lesionaba, pero se lo escondía a mi padre. Cuando llegaba a casa, me comportaba como si nada hubiese ocurrido, sin importar lo mal que me sintiese».

A los quince años lo fichó el Camialtı Spor, que disputaba una liga *amateur*. Al cabo de un par de temporadas fue seleccionado para jugar en un combinado de los mejores jóvenes de Estambul, pero para ello necesitaba un permiso por escrito de su padre. Durante varios días, Erdoğan no pudo dormir a causa de los nervios: sabía que su padre podía oponerse y pidió ayuda a su tío para que tratara de convencerlo. Así descubrió el capitán Ahmet que su hijo había estado entrenando a escondidas durante años. Montó en cólera. Y, por supuesto, le negó el permiso. «Por culpa de mi padre perdí numerosas oportunidades como esa», lamentaría Erdoğan.¹⁹

Sin embargo, las oportunidades no tardaron en lloverle. Los ojeadores de diversos equipos se fijaban en aquel joven al que sus compañeros apodaban Imam Beckenbauer. Jugaba de atacante,

18. *Meydan*, 1 de octubre de 1994.

19. Hüseyin Besli y Ömer Özbay, *Recep Tayyip Erdoğan, Bir Liderin Doğusu*, Meydan, Estambul, 2010, p. 19.

pero su garra y su chut con el empeine le valieron la comparación con el káiser de la selección alemana, que, en aquellos años de revoluciones, crisis del petróleo y pantalones de campana, sentaba cátedra sobre el césped. La primera gran oferta llegó del Eskişehirspor, uno de los clubes revelación a principios de la década de 1970. Todo estaba acordado para cerrar el fichaje, pero el padre se opuso con vehemencia: «Los futbolistas son haraganes, gente sin rumbo ni oficio. Estudia y sé un hombre».²⁰

No le quedó otro remedio que seguir jugando en equipos *amateurs*, mientras se aplicaba por sacar buenas notas en la escuela religiosa. Pasó de un equipo de barrio a otro y, en 1973, lo fichó el İETT Spor, la escuadra de la compañía municipal de tranvías. Una tarde de 1976, durante la fase final de la liga *amateur* de Estambul, en una temporada en la que el joven de Kasımpaşa se estaba luciendo, el entrenador Tomislav Kaloperović lo vio desde la grada. Al sonar el pitido final, bajó a los vestuarios: quería a ese muchacho larguirucho en el Fenerbahçe. Nada podía hacer más ilusión a Recep Tayyip que vestir la malla de su equipo favorito, que venía de ganar varias ligas.

Aquella no era la primera vez que el equipo estambulí se interesaba por Erdoğan. Ya lo habían intentado anteriormente, sin éxito, pese a la mediación del gánster Sultan Demircan. El padre se oponía, no había por dónde abordarlo: «Ya me fastidia lo suficiente que vaya por ahí jugando al fútbol en calzoncillos. Mi hijo va a estudiar, así que no me vengas más con este tipo de cosas —respondió a Demircan—. Y no lo volveré a repetir».²¹

20. Muhammet Kaçar, «Başbakan Erdoğan'ın İETT'deki yılları», *DHA*, 2 de abril de 2013.

21. «Didi de Tayyip Erdoğan'a hayranmış». *HABER7*, 9 de febrero de 2005. Disponible en: <<http://spor.haber7.com/spor/haber/75803-didi-de-tayyip-erdogana-hayranmis>>.

Erdoğan no cabía en sí de gozo con la nueva propuesta del Fenerbahçe. Podía convertirse en la estrella que siempre había soñado. Sin embargo, no lograba quitarse de la cabeza la frase que, años antes, le había dicho su padre: «Estudia y sé un hombre». La gloria de los estadios... «Estudia y sé un hombre.» Miles de seguidores coreando su apellido: «¡Er-do-ğan!»... «Estudia y sé un hombre.» ¡El balón al fondo de las mallas!... «Estudia y sé un hombre.» Erdoğan era ya un adulto. Tenía veintidós años y compaginaba sus estudios universitarios y su incipiente actividad política con el deporte rey. Incluso recibía un modesto salario del İETT Spor. Pero la sombra de su padre aún dominaba su vida, y el muchacho sabía que jamás aprobaría su fichaje. Así que declinó la oferta del Fenerbahçe. Seguiría jugando como *amateur* hasta 1980, cuando colgó las botas, pero jamás llegaría a ser un profesional del fútbol. No podía hacerlo; no sin romper con su padre.

El día que Erdoğan rechazó dar el salto al fútbol profesional, Turquía perdió a un magnífico delantero. El movimiento islamista ganó, sin embargo, a su futuro líder.